



Carlos Navarro Rodrigo,
De la fusion flor y nata;
Segun Praxedes, su amigo...
El que motera la pata.

Alegria

BROMAZOS

Estoy con *El Estandarte*...

¡bravo! ¡bien! ¡requetebien!
Es un hecho indiscutible
que tiene doña Isabel.
—La respetable mamá
de su majestad el rey,
reclamaciones pendientes
por cuestiones de *parné*.
Si se le debe dinero,
es necesario saber
cómo se arregla esa cuenta...
¡justo! hombre, que se lo den.
Se trata de pagar sueldos
a Zorrilla, don Manuel,
ni á otro plebeyo cualquiera,
de miserrimo jaez?
Nó, señor Gobierno, nó,
pica más alto el inglés,
y hay magnates fusionistas
que han contraído el deber,
de pagar á la señora
beneficios á granol.
Hoy que el país está rico,
y nada en la esplendidez,
y á todos nos sobra un duro
para comprar *cachuelos*,
hoy que Camacho es un Midas,
y los hospicios se van
completamente desiertos;
y los mendigos de ayer
ofrecen al transunto
una yema y un pastel...
hoy que las contribuciones
van á desaparecer,
y nadie pega *sabazos*
de cuatro duros ni seis;
hoy que celebramos todos
nuestra victoria de Argel,
y no se venden empleos
ni hay quien los quiera cojer;
hoy, en fin, que está la España
en su etapa de oro (pel),
¿qué importan esos millones,
á pagar con interés?
¿Somos felices ó no?
Pues si lo somos... ¡pardiez!
hay que pagar los atrasos
que reclama, la que fué
destronada por Sagasta
y los que comen con él.
Está en lo firme el colega;
bien hecho, requetebien!
La Broma se adhiera en todo:
La Broma se pone en pie;
y humilde y rendidamente
se ofrece á doña Isabel,
para *procurar* por ella,
con noble desinterés...
Otro: renuncia al tanto
ó comisión que es de ley,
en favor de los maestros
que no tengan qué comer.

Elocuencia de regadera.

Habla el Sr. Moret á sus *cofrades*, y dice que son
«como las plantas en la primavera (¡uy!); que á las prime-
ras condiciones, y al primer rayo del sol, germinan con
los colores del iris, llenando el ambiente de perfumes.»
¿Qué bonitura! Por supuesto que les ha llamado *gira-
soles*.

¡Y peonías!

Como andan por aquí las altas instituciones!
Lo primero que leo en *La Correspondencia*, es esto:
CORONAS; gran surtido; calle de Preciados...
CORONAS... Calle de la Montera...
¡Y negarán que somos realistas hasta la médula del tús-
tano del interior de los huesos!

Otro anuncio de P. P. y W.

«MODISTERÍA.»
Pues con esa gramática, si la señora quisiera anunciar
fábrica de puños... ¡Jesucristo!

¡Ah! El Sr. Moret dijo también á sus *girasoles* que te-
nían «el regocijo con el carmin en los labios y la confianza
con fuerza en el corazón.»
¡Y esto dicho en la Carrera!
¡Sarasa!

Lueguito les llamó *Batallón sagrado*; y Batallón de la
sangre; y él, personalmente, se comparó á Napoleón pri-
mero.

Segismundo hizo el *cadete*,
al corrillo que escuchaba:
¡Napoleón no mandaba
soldados con *colorete*!

Noticia: la nueva grey
se ha buscado buen arrimo;
tiene un Borbon, que es el primo...
de Su Majestad el Rey.

Copio lo que sigue:

«El *Tiempo* llama la atención del Gobierno sobre los abu-
sos que se cometen en la publicación de ciertas carica-
turas.»

En efecto; todos los días se vé por las calles de Madrid
al conde de Toreno y á D. Claudio Moyano.

El Señor de Capdepon,
como tú, lector, ya sabes,
ha entrado en la comisión
de actas graves.

Está bien hecho, en conciencia;
él las tiene pelingudas...
las actas morrocotudas
de Valencia.

¡Estamos ya en carnaval,
que esa careta no arranca
el bizarro general
Salamanca?

Nos dicen que el Sr. Marrón, subsecretario de Gracia y
Justicia, ha transformado radicalmente el servicio de sus
oficinas, suprimiendo... las cerillas que se daban á los em-
pleados, y las gratificaciones por trabajos extraordinarios.
Ya tienen nombre las economías de esta *clás*.
Las llamaremos *marronadas*.
Y ¡jojo con equivocarse!

¡Coincidencias!
A Pidalito y Mon le han dado un almuerzo por su defen-
sa del Papa-rey.
El iniciador de los brándis, fué el Sr. Gomez...
¡El autor de *Un alma de hielo*! ¡Oh, casualidad!

Otro percalce en el Real;
después de oír el *Guillermo*,
el público salió enfermo...
¡*Mordicinski* estuvo fatal!
Rompió su contrato... ¡jirgrato!
pero la gente decía,
que con más gusto vería
rescindido... otro contrato.

Se ha ensayado, con buen éxito, una barredera mecáni-
ca, ó escoba automática.
¡Al Congreso con ella!

Nuestro próximo número constará de ocho páginas.
Y llevará seis caricaturas.
Y costará 20 céntimos.
Hechos de esta naturaleza no necesitan comentarios.

Lapsus de la *competente*: en su primera edición de ante-
yer anunció el fallecimiento del Sr. D. Manuel de Cárde-
nas, á quien «pocos días hace—son sus palabras—*saluda-
bamos* lleno de salud.» Pues bien; en su última edición del
mismo día, dice que el Sr. D. Manuel de Cárdenas se en-
cuentra enfermo de alguna gravedad.

La filoxera invade el Ampurdán.
¡Y D. Venancio, tan tranquilo!

Hasta el reloj de Losada
que hay en la Puerta del Sol,
se manifiesta indignado,
y no funciona al *reló*,
porque sigue don Venancio
al frente de lo Interior.
Ayer miércoles, marcaba
la esfera central, las dos;
por un lado, la una y cinco
y por el otro, ¡qué horror!
señalaba la una y media
con muy poca precisión.
¡Señor marqués de Molins!...
este es sintoma feroz...
hay *campanas* que dan miedo;
aproveche la ocasión
y pronuncie un buen discurso,
que buen asunto le doy.

El becerrillo que sale á escena en *Salaya*, tiene un defen-
sor contra los ataques de la prensa. Mariano Pina Domín-
guez, ha escrito y nos ha enviado un artículo que entrará
en el número grande.
Sirva esto de preludeo y expresión de reconocimiento al
nuevo y distinguido colaborador.

Anúnciase un nuevo drama en la *Alhambra*.
Título: *Lo que no es la justicia*.
Debe ser cosa de elecciones.
O de irregularidades administrativas.

Dicen que Adelina Patti ha ido á Nueva-York.
¡Y no te embarcas, *Pájaro*?

Un periódico de provincias habla de los *girasoles*, y dice:
«ese *higu* grotesco de la democracia-dinástica.»
Es gráfica la frase; estamos en perpétuo carnaval y se
hace política... con la mano no, con la boca sí.

En Palacio se ha cantado *Te-Deum* y *Salve*, dando gra-
cias al Supremo Hacedor por haber librado á España del
terrible terremoto ocurrido en 1.º de Noviembre de 1755.
¿Y no se rezó el 29 de Setiembre?

—Niño, ¿cuántas son las provincias de España?
—Casi tantas como las clases de cédulas de vecindad.
—¿Y cómo se llamó el primer rey de España?
—Camacho.
—¿Y el primer sabio de Grecia?
—Venancio Gonzalez.

EL GIRO MÚTUO.

(COLABORADORES.)

Serían las doce de una mañana del mes de Enero del año 1881; el
viento sutil del Guadarrama repartía pulmonías por la coronada
villa, mas con tan poco acierto, que caían muchos que á nadie hacían
daño ni las merecían, mientras que hombres y mujeres perjudiciales
á la sociedad, á la moral y á la patria, salían ilusos y vivían para tor-
mento de sus semejantes.

La gente andaba de prisa por las calles, para entrar en calor; unos
embozados hasta los ojos, otros con las cabezas embutidas en cuellos
de pieles, otros que no tenían capas ni pieles, y andaban con las ma-
nos en los bolsillos; y otros con las carnes al aire, mendigando, pues
decían que Dios da el frío en proporción á la ropa que tiene cada hijo
de vecina.

En la calle de Alcalá hay un gran edificio construido durante el
reinado de Carlos III, casaron que fué muchos años Aduana, y hoy
es ministerio de Hacienda; en uno de sus patios, que daría envidia á
una nevera, junto á una puerta que hay en un rincón, veiniseis don-
de bancos largos, de madera, uno á la derecha, y otro formando ángulo
con la puerta, á la izquierda; apiladas en dichos bancos estaban mu-
chas personas muertecitas de frío, y oprimié dlose *mútuamente*, como
si quisieran templar el frío del uno con el calor del otro; á continua-
ción de cada banco, porque no había asiento para ellos, estaban mu-
chos formando dos hileras en pie, frotándose las manos para que en-
tresasen en calor, ó paleando para calmar el frío de sus pies, como si
bailaran un zapateado. Cualquiera extranjero que hubiera visto aquel
espectáculo, hubiera creído que allí se debía repartir alguna limosna
y que aquella gente esperase *yéz* para recibirle; pero no era así:
aquellas personas, á quienes se hacía esperar en aquel páramo y con
tan poca consideración y respeto, formaban el público, es decir, una
parte de ese monstruo *dócil* que así se llama.

Sobre la puerta que hemos citado, se lee *Giro Múto*; aquella gente
iba, pues, á cobrar y á imponer, pagando su dos por ciento de giro.

Entre ellas había ancianos y ancianas, obreros, artesanos, costu-
reras, chulas y chulos; alguno que otro señor, alguna que otra seño-
ra, y un joven estudiante que esperaba cobrar la mensualidad que le
mandaba su padre desde Logroño.

¡El señor!—decía una chulapa á una anciana que vestía traje ne-
gro en muy mal estado, manto color de ala de mosca, y debajo de él
un mauton, también viejo y malparado,—vaya V. á la cola, qué ha
llegado la última, y estoy aquí desde las diez de la mañana.

—¿Y no la han despedido á V. todavía?—dijo el estudiante.

—Ya lo ve V.!—Habían venido otros primero, y cuando ya iba á to-
carme la vez, se paralizó la cosa! ¡dices que están almorzando los
empleos! ¡Puedes sea como en el Monte de Piedad! ¡Polían almorzar
antes de venir á la oficina! ¡Ya se ve! ¡Como ellos están resguardan-
dos del aire y tienen estufa! ¡Miste que re-Dios! No tienen prisa; ¡que
nosotros nos quedamos aquí helados, ni les importa!

—Siempre ha estado mal para el público el *Giro Múto*; pero antes
alquiera había unos tabiques de lienzo que preservaban del aire, y
una tira de estera para los pies; pero ahora nos han suprimido aquel
lujó; ¡ahora ni eso, ni nada!—dijo una costurera que debía cobrar
veinte reales que le mandaba una hermana; que, deduciendo de ellos
el jornal que perdía esperando el cobro, la venían á quedar tres pesetas
de beneficio, las cuales tardaría que gastar en flor de malvas para
curarse el catarro que había de cojer en aquel patio desmantelado.

—¿Y hacen bien! ¿Quiénes somos nosotros?—dijo el estudiante.—
¡Para los que pagamos para que los empleados vivan y costeamos la
leña con que ellos se calientan, con esta!—hasta! ¡Aquí hay que atender
al que cobra; el que paga, ¿qué importa?

Se presentó á la puerta un guardia, y dijo la chola:

—¡Gracias á Dios! ¡Creo que vamos á entrar!

—¡A imponer!—dijo el guardia con acento imperativo y dándose la
importancia de un capitán general.

Y entraron unos doce imponentes.

—Pues no entra V. todavía,—dijo el estudiante.

—Pues, hombre, esto está bien! Antes entró otra tanda á imponer;
¿cuándo avisarán para que entremos á cobrar?

—No hay prisa,—dijo el estudiante.

—¿Que no hay prisa?—contestó un capitán retirado que había sido
campeón de la guerra de la Independencia;—como nos tienen aquí
como á los perros en este patio helándonos de frío...

—No, que le van á poner á V. un *señor* con estufas y divanes!—Para
quien es padre, bástale madre!

—¡Válgame Dios!—dijo la vieja del mauton color de ala de mosca;—
¡yo que estoy en ayunas!

—El ayuno es meritorio á los ojos de Dios, según dicen los curas.

—Pues ellos bien que se cullan!

—¡No los pobres de misa y olla!

—¡Es verdad! En todas las clases hay *harederos* y *desharedados*; pues
como iba dicho, estoy en ayunas, y espero á cobrar estos dos duros
que me manda mi yerno para comer caliente, que hace dos días
que engullo hambre y lo que Dios quiera.

—Pues, no tenga V. prisa; ya comerá V. mañana! ¡Para eso espera
usted con comolidad y abrigo!

—¡Buen abrigo te da Dios!—dijo un viejo que tenía la nariz colorada
como una guindilla idem y helada como un sorbete.—¡Quisiera yo ver
aquí, esperando como nosotros, al ministro de Hacienda!

—Eso es un disparate,—dijo el estudiante.—El ministro es de los
que cobran, y nosotros somos de los que pagamos; él, como es natu-
ral, tiene en su despacho alfombra, portiera, estufa y coche que cos-
ta al público; y damos gracias á que nos dejan esperar bajo techo;
que el paso que vamos, día llegará en que esperamos en la calle.

—¡Pues yo que he tenido que venir tres veces para cobrar esta letra,

—dijo un señor gordo.

—¿Tres veces?

—Sí, señor; la primera, porque el conocimiento que traía dijeron
que... no era conocido, aunque tiene tienda abierta; me procuró otro
conocimiento; vine al día siguiente, y me dijeron que no había veni-
do el aviso; así es, que hoy vuelvo por tercera vez.

—¡A cobrar!—dijo solemnemente el guardia presentando los de
nuevo.

Entraron doce individuos, tomando asiento en el banco otros doce
de los que estaban de pie, y siguieron las habillitas y las quejas jus-
tas, justísimas; convenciéndose más de que en España el público
que paga es el último mono, al que se trata con menos consideración
por los que cobran y viven de su sudor; y quien quiera convencerse
de esta verdad, que se dé una visita por allí para que pueda admi-
rar el decoro con que se le trata en el *Giro Múto*, que, en este senti-
do, ni es *múto* ni es *giro*.

1 + 6 =

Imp. de Fernando Cao y Domingo de Vel, Platería de Martínez, 1.